Un ramo de laurel ciñe
A la toca del bonete,
Entre los penachos tristes.
En el camino se para,
Aunque importa que camine;
Y mirando el ramo verde,
A sus esperanzas dice:
—Sólo en mi deseo pudo
Ser poderoso y posible
Nacer de esperanzas verdes
La muerte que le marchite.
En las manos de Zoraida,
Alegre ramo, naciste,
Con tan dichosos principios
Que esperaba alegres fines;
Mas en la flor de tu gloria
Cuatro enemigos tuviste,
Agua, fuego, nieve y viento,
Que áun cortado te persiguen:
Pero aunque voy á la muerte,
No he querido que te prive
De que este mi luto veas
Tú que mi esperanza fuiste,
Para que en mi sepultura
El que te viere imagine
Que el dueño de tanto bien
Vivo muere, y muerto vive.—
Tales quejas dice el moro,
Cual suele en su muerte el cisne,
Cuando amor muestra á Zoraida,
Que tiene vista de linco.
Lisaro avisa á su gente,
Hace que las yeguas piquen,
Y los caballos contrarios
Que alborotados relinchen.

Pónensele á la defensa;
Pero de poco les sirve,
Porque al fin vuelve á Alcalá
Con su esposa alegre y libre.

MOHACEN.

Antes que el sol su luz muestre,
La suya Vénus nos muestra,
Anunciador cierto y claro
De la Aurora y su luz bella,
A tal hora, que en Granada
Gran alboroto se suena
De atambores y clarines,
De añafiles y trompetas,
Que hacen de la gente alarde,
Y tocan á la reseña.
Quiere el Rey salir á vello,
Y con sus damas la Reina;
Y luégo como el sol sale,
Salen moros á la vega,
Los más bravos y galanes
Que empuñan lanza ó jineta,
Vestidos y aderezados
Al fin, como para muestra.
Los que en sólo guerra tratan
Llevan adornos de guerra,
Los que son enamorados
Llevan divisas y empresas.
Un gran mirador se hizo
Para que los reyes vean
Despues pasar las cuadrillas
Y escaramuzar los dellas.

Ya vienen, y van pasando
De cinco en cinco en hilera
Los de Ubeda y Andújar,
Los de Córdoba y Baeza,
De Málaga y de Jaen,
De Ecija y de Lucena,
De Velez y de Molina,
De Jerez de la Frontera.
Entre todos se señala
Mohacen el de Antequera,
En su caballo picazo,
Con marlota blanca y negra;
Negro y blanco el capellar,
Cabezadas y estriberas;
Negras y blancas las plumas,
Las borlas y la bandera;
De negro toda la adarga,
Y de plata mil estrellas:
Un cendal negro en el brazo,
Y el blanco brazo de fuera,
Y en la muñeca una ajorca
Que le dió de su muñeca
Celinda, de perlas de oro,
Linda, más que el oro y perlas.
Va tan lozano y gallardo
Que apénas toca la tierra;
Lleva los ojos á todos,
Y á todos el alma lleva,
Y á quien le rinde la suya
Baja el moro la cabeza,
Y vióla más bella y clara
Que la aurora clara y bella,
Diferenciándose á todas,
Como la flor á las hierbas.
Mohacen la miró alegre,

Y ella le miró risueña;
Habláronse con los ojos,
Que son de las almas lenguas.
En esto se pasó el moro,
Y ella traspasada queda,
Con la mano en la mejilla,
Contemplativa y suspensa;
Y dijo, considerando
Del moro la gentileza:
—Alá, Mohacen, te guarde,
Mahoma te favorezca,
Y en guerra ó en paz que trates,
Próspero fin te suceda:
Respétente los amigos,
Los enemigos te teman,
Las banderas de sus manos
Debajo tus piés las veas:
Sea tu lanza de diamante,
Las suyas sean de cera,
Porque los hieras y mates,
Y no te maten ni hieran.
Las damas, entre galanes,
Por el más galan te tengan,
Y en las fiestas y en las cañas
Más que todos bien parezcas,
Y las damas qne quisieres
Mucho más que á sí te quieran.
Nunca entre en su pecho olvido,
Ni en el tuyo entre sospecha:
Si competidor tuvieres,
A tí solo favorezca,
Y si con ella casares,
No te engañe ni te mienta,
Y tal gusto en ella halles
Que á todas dejes por ella:

Tengas desengaño en celos,
Y sufrimiento en ausencia :
Levántete la fortuna,
Y fije el clavo en su rueda.—
Nunca Celinda acabára,
Mas la escaramuza empieza,
Y vió ir su moro delante,
Porque á todos atras deja ;
Y así trabada entre todos
Duró gran rato la fiesta,
Y volviéronse á Granada,
Donde otra fiesta se ordena.

MANILORO.

1.°

En la más terrible noche
Que envió la tierra al cielo,
De viento y oscuridad,
Soledad, frio y silencio,
Cuando todos se recrean
En blandos y dulces lechos,
Deja Maniloro á Ronda,
Bramando de mal de celos.
Al cielo pide venganza,
Y el suelo tiembla de miedo,
Porque conoce sus furias
Y ha visto sus golpes fieros.
Maldice su corta suerte,
Maldice la fiesta y juego
Donde vió la desventura
Que recelaba su pecho.

Cuanto llevaba vestido
Publicaba su tormento,
Con recelosas medallas
Y cifras puestas á trechos.
Llevaba una yegua baya,
Y escrito en un jaez negro :
«Vaya, quien supo mudarse
Fuera de mi firme pecho.»
Con una marlota azul
De esperanza y cautiverio,
Llevaba unos eslabones,
Y este mote puesto en medio :
«Cautivó mis esperanzas
»Un moro, no caballero,
»Que si caballero fuera,
»No fuera mi mal tan fiero.»
En un capellar pajizo
Llevaba de azules veros
Una cenefa vistosa,
Y este mote en medio puesto :
«Veros me dió nueva vida,
»Y fuera vida no veros;
»Pues de veros vi mis véras
»Vueltas en burlas y juegos.»
Un bonete de brocado
Sembrado de camafeos,
Y por plumas dos espigas,
Y un pájaro en medio puesto,
Y dice la letra así :
«Granó sin sazon ni tiempo,
»Y el pájaro más cercano
»La comió por ser primero»;
Y por medalla un delfin,
Torcida la cola al cuello,
Con una letra que dice :

«Del-fin me quedó el deseo»:
Un borceguí turquesado
De dorados sellos llenos,
Y en cada sello dos caras,
De donde nació su duelo;
Y en medio de un ancho mar
Una ballena huyendo,
Y por letra: «Mi esperanza
»Va llena de descontento.»
A los cabos de la adarga
Llevaba los cuatro vientos,
Con una letra que dice:
«El menor pidiera de ellos.»
Al lado de la capilla
Llevaba en el hombro izquierdo
Pintado un blanco unicornio,
Y escrito en medio del cuerno:
«Uno solo puede dar
»A mil mundos descontento,
»Y el que más de uno sufriese
»Sufrirá carga de ciento.»
Entre cansadas divisas
Iba bramando y muriendo,
Y entre rabiosos suspiros
Hablando consigo mesmo:
—¡Mal haya el hombre que fia
De mujer y sus contentos,
Pues sabe que sus dulzuras
Son ponzoñosos venenos!
A un agravio tan notable
Mi brazo pondrá remedio,
Con revolcarme en la sangre
Del que oscureció mi cielo.
Pero no tiene él la culpa,
Porque va tras su deseo,

Sino tú, que le creiste
Sus ternuras y requiebros.
¡Mal se sirven dos señores,
Que es carga de grave peso,
Y el bien más alto se pierde
Cuando lleve más de un dueño!
Mas ten por cierto, Zoraida,
Que estás ya muerta en mi pecho,
Que mora que quiso á dos
Podrá querer á trescientos.—

2.º

En un alegre jardin
Que un ancho estanque cercaba,
Donde no se puede entrar
Sin fuerza de remo y barca,
Cuyas cercas de alabastro
Con barandillas doradas
Ha tejido el arrayan,
Naranjas, cedros y parras;
A sombra de unos jardines,
Recostada entre unas matas
De claveles y alelíes
Y de violetas doradas,
Gozando del dulce sitio
Que está brotando esperanzas,
Está la bella Celinda
Rendida de ausentes ánsias.
Como fué su mal con hierba,
Entre las hierbas descansa,
Pensando que hierbas pueden
Sanar heridas del alma.
Una gloria la entretiene,

Y esta gloria es la palabra
Del alcaide Maniloro,
Alcaide y rey de su alma.
Ausencia le hace guerra
Y el fuego de sus entrañas,
Que está su galan en Ronda,
Do tuvo en tiempo otra dama.
Bien reconoce Celinda
Que es de Maniloro amada;
Pero teme, que la ausencia
Es madre de la mudanza,
Y teme, que su galan
Está do sirvió á Zoraida,
Y llagas viejas de amor
Sanan muy tarde, si sanan.
El dia del Santo espera,
A quien la gente villana
Celebra la noche y dia
Con escaramuza y zambras.
Para este dia la dijo
Que le aguardase en su alcázar,
Que estarán de paz los campos
Con las bodas de Daraja.
Con esta esperanza vive,
De esperar desesperada,
Que la esperanza más corta
El mucho amor la hace larga:
Así, para consolarse,
Abrió una dorada caja,
Adonde tenía dos prendas
De la prenda que más ama:
La una era un ramillete
De azules flores y blancas,
Y besándole le dice
Enternecida y turbada:

—De celos y castidad
Os vistieron, no sin causa,
Para avisarme con vos
Que sea celosa y casta.
No faltarán de mí celos
Miéntras vuestro dueño falta,
Ni castidad en mi pecho,
Que mi amor más que esto manda.—
Una toca es la otra prenda
Con que el moro jugó cañas,
Y del juego vino el fuego,
Que de juego á fuego pasa;
Y descogiendo la toca,
La toca en el pecho y alma,
Pensando con tal reliquia
Sanar su sedienta rabia,
Como el mordido del perro
Con pelos del perro sana,
Y al que picó el escorpion,
Que con su aceite descansa,
Así se cura la mora
Con prendas de amor sus llagas,
Y dándole dos mil besos,
Con su toca y señor habla:
—Sin más tormento de toca
Recibe á prueba mi causa,
Pues tengo yo confesado
Que nací siendo tu esclava.—

AZARQUE EL DE OCAÑA.

1.º

El rey Marruecos un dia
El claro Tajo miraba,
Lleno de imaginaciones,
Y de celos llena el alma.
Miraba cómo los rayos
Del sol hacian en el agua
Unas veces oro fino,
Y otras veces fina plata,
Cuando vido que salian
Por entre flores y plantas
El valiente Sarracino
Y la bella Galiana:
Tras ellos en compañía
Azarque y su Celindaja,
Y trabados de las manos
Jarifa con Abenámar,
Y á la postre en escuadron
Número de muchas damas,
Entre las cuales la Reina
Viene á ver bailar la zambra.
Llegados en esta forma
Todos al Rey se humillaban,
Y haciéndose acatamiento
Las dos majestades altas,
Asiento piden al punto
Que ya la zambra tocaban,
Cuando vieron la divisa
Que Sarracino sacaba,
Una rueda de fortuna
En una marlota parda,

Que sujeta la tenía
A la causa de su dama,
Con esta letra que dice:
«Jamas me será voltaria,
»¿Quién se teme de la vuelta
»De tan hermosa contraria?»
Abenámar por Jarifa
Otra divisa sacaba,
No ménos discreta y bella,
Ni del Rey ménos mirada.
Un mundo negro bordado
En un escudo de grana,
Con esta letra por orla:
«Más merece quien me manda.»
Azarque, en el campo verde
Y en su marlota morada,
Mostraba dos aficiones
Ser iguales y contrarias,
Que eran dos manos asidas
Que en un corazon tocaban,
Y en medio de ellas Cupido
Echando en el arco jaras,
Y esta letra le responde:
«No se teme la mudanza
»En los que en igual padecen,
»Y se pagan con dos almas.»
El Rey se picó en la letra
Que el bravo moro llevaba,
Viendo que era por su mora,
Y mandó cesar la zambra.
Mas por no dar á entender
El fuego que le abrasaba,
Quiso fingir á la Reina
Que toca Toledo al arma.
Las damas, que lo entendieron,

Rogaron á Celindaja
Que de su parte le pida
Al Rey que deje la saña.
No fué mucho menester
A la mora importunalla;
Mas fué por daño de Azarque
Hacer al Rey tal demanda,
Que llamándole pechero
Le desterró de su casa
Con admiracion de todos,
Viendo el hecho, y no la causa.
Unos dicen que son celos,
Otros que celos no bastan
Para afrentar un vasallo
Que de noble tiene fama.
Azarque las manos muerde,
Desnuda el moro su espada;
Alborotáronse todos,
Celindaja se desmaya,
El Rey desnudó la suya,
Sarracino y Abenámar,
En lugar de meter paz,
Metieron mayor cizaña:
Hiciéronse con Azarque,
Y son muchos de su banda:
El Rey, que solo se vió,
Procuró dejar las armas:
Y en esto paró la fiesta
Y el contento de las damas:
Volvióse el Rey á Toledo,
Y Azarque fuése á su Ocaña.

2.º

Azarque, bizarro moro,
Ordena un juego de cañas
En la célebre Toledo,
En honra de Celindaja,
Mora que al Rey arruina,
Y á Azarque encumbra y ensalza,
Que le honra y obedece,
Y al Rey como esclavo trata.
Júntase gente diversa,
La más ilustre de España;
Los Gazules de Alcalá,
Y de Ronda los Audallas,
Bizarros Almoradíes,
Vanegas fuertes y Mazas,
De Córdoba Sarracinos,
Y Gomeles de Granada,
Y otros muchos caballeros
Fuertes, de destreza extraña,
Galanamente vestidos
Por las manos de sus damas.
Toledo estaba suspenso
De tal bizarría y gala,
De verlos todos iguales
En fuerza, valor y traza.
Entraron, pues, los Gazules
Con marlotas coloradas,
Con franjones de oro fino,
Y una cifra por medalla:
Llevan por divisa un mar
Con unas olas muy altas,
Con una letra que dice:
«A todo el mundo avasalla.»

Los Audallas le siguieron
Con las marlotas doradas,
Bonetes con muchas plumas
Pardas, azules y blancas.
Por divisa va Cupido
En una torre muy alta,
Con esta letra que dice:
«Favorezco á quien me ensalza.»
Salieron los Sarracinos,
Que más éstos se aventajan,
De azul, morado y pajizo,
Y dos higas por medalla.
Llevan por divisa un mundo,
Y un moro que lo contrasta;
Una letra va que dice:
«Éste, y otros mil que haya.»
Los de Granada salieron
Todos en gran camarada,
Galanes á maravilla
Con libreas encarnadas,
Y sacaron por divisa
Una hermosa granada,
Y una letra en la corona:
«No osará nadie miralla.»
Luégo vienen los Azarques
Que á los demas avasallan,
Arrogantes más que todos,
Con las marlotas de gualdas.
Azarque se señaló,
A él reconocen ventaja,
Porque su marlota iba
Labrada por Celindaja.
Lleva por divisa un sol
Que al mediodía llegaba;
La letra que lleva dice:

«¡Disparate es comparalla!»
Cuando ella le vido entrar,
De su asiento se levanta;
Hízole su acatamiento,
Y él á ella se inclinaba.
El Rey cuando vido esto,
Con cólera ciega y brava
A sus vasallos les grita:
—Atravesadle una lanza.—
Celindaja á los demas
Gritó desde su ventana,
Y sin temer nada al Rey,
Con los caballeros habla.
—Caballeros andaluces,
Librad su cuerpo y mi alma,
Mirad que matan á dos,
Pensando que uno matan.—
Luégo la fiesta se vuelve
En una fiera batalla;
Castellanos y andaluces
Allí se dan de las astas.
Galan y dama prendieron,
Aunque hay muchos de su banda,
Puesto que no hay quien resista
Lo que un Rey celoso manda.

3.º

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces

De Zaide, rey de Belchite,
Y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
Al Rey sirvieron de achaque,
Y que Celindaja ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares;
En las adargas traian
Por empresas sus alfanjes
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares,
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un moro Aliatar diciendo:
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron
Muy costosos y galanes,
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
Que le deshace un salvaje,
Y un mote sobre un baston
En que dice: «Fuerzas valen.»
Los ocho Azarques siguieron
Más que todos arrogantes,
De azul, morado y pajizo
Y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes

Y un cielo azul en que se arden
Dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
Que á sus ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento al traste;
Y mirando la cuadrilla,
Le dijo á Celin, su alcaide:
—Aquel sol yo le pondré,
Pues contra mis ojos sale.—
Azarque tira bohordos
Que se pierden por el aire,
Sin que conozca la vista
A do suben ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira,
De mitad del vulgo sale
Un gritar:—Alá te guie;—
Y del Rey un—muera, dadle.—
Celindaja sin respeto
Al pasar, por rocialle,
Un pomo de agua quebró,
Y el Rey gritó:—Paren, paren.—
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey celoso:
—Prendan al traidor Azarque.—
Las dos primeras cuadrillas,
Dejando cañas aparte,
Piden lanzas, y ligeros
A prender al moro salen;

«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistian,
Si no les dijera Azarque:
—Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde:
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos y otros canten:
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron, en fin, al moro,
Y el vulgo para librarle
En corrillos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo
Que los incite y los llame,
Deshácense los corrillos,
Y su motin se deshace:
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
—¡Libradle, moros, libradle!—
Y de su balcon queria,
Para librarle, arrojarse:
Su madre se abraza de ella,
Diciendo:—Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey,
En que manda que señale
Una casa de sus deudos,

Y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja:—Digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque;
«Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros dias
Te llamaban los Alarbes
Venganza de aleves pechos,
Y hoy lo has sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
Hasta que en el mar se lance;—
Y sin que dijese más,
La llevó presa el alcaide;
«Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.»

4.°

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema y se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente, pues que vive.
Jurando está por su amor
Y por la espada que ciñe,
Do tiene en la guarnicion
Cintas de aquella que sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tíber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
—¡Celindaja de mis ojos!
¿Quién te habla? ¿Quién te escribe?

¿A quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre real,
¿Cómo fué posible, dime,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, ¡mora ingrata!
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano
Que tropezabas hiciste,
Y que alzándote del suelo,
Hechas de ámbar y de almizcle,
Unas cuentas me entregaste
Porque me mostraba libre;
Y al despedirte de mí,
Dando suspiros terribles,
Me dijiste: «Ten, Azarque,
»Cuenta con que no me olvides.»
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dije:
Entró tu injusta mudanza,
Que con la luna compites;
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana,
Sin tí muriendo me vine;
A mí me abrasan los celos,
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque más tu gusto estime.
Cuando diga si me amaste

Yo apostaré que le dices
Que tan infame bajeza
De tu valor no imagine,
Y que tu esquiva arrogancia
Y tu condicion terrible
Apénas la vencen reyes,
Cuanto más hombres humildes;
Porque la madre de amor,
Cuando se holgaba allá en Chipre,
Si tu consejo tomára
No la infamaran ruines;
¡El tiempo lo trueca todo!
¡Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia
Como del Rey á quien sirves!—

5.º

El eco de las razones
Que el amante Azarque habla,
Penetraron el sentido
De la bella Celindaja;
Porque á las veces amor
Es mensajero del alma,
Y más cuando el corazon
Sirve de espía doblada.
Han condenado á la mora
Y á su fe firme y sobrada,
Unas injustas sospechas,
Todas en celos fundadas,
Regidas por la pasion
De una alma enamorada,
Que hace temerarios juicios
De lo que en su pecho traza;

Y recogiendo el aljófar
Que destila por la cara,
Dice, envuelta en mil congojas,
Mil amorosas palabras:
—Bien sé, Azarque, que dirás,
A solas haciendo trazas,
Que soy luna en hermosura
Como lo soy en mudanza;
A que te responderé,
Que cuando á la luna tapa
Un nublado y la oscurece,
Es de los tiempos la causa;
Y aunque sé que el falso amo
No admite disculpa en nada,
Por satisfacer mi gusto
Quiero decir dos palabras:
Quizá que con el hablar
Apartaré de mi alma
Este fuego que la enciende,
Al cual no es bastante agua,
Si no es la de mis ojos,
Que muchas veces aplaca
La prision que á mi dolor
Da dolor y pasion causa.
Pero si el Rey te enviase
A hacer una jornada,
¿Dime si seria forzoso
Partirte sin decir nada?
Y si te es forzoso estar
En prision dura y forzada,
Y es la voluntad del Rey,
¿Por quién será quebrantada?
Y si dices que te di
Mil favores de importancia,
Y que agora te los quito

Con una ingrata mudanza;
¡Condénasme injustamente,
Por estar tan encerrada
Tu voluntad en mi pecho,
Como el corazon y entrañas!
Y cada vez que te veo
En los saraos y zambras,
Me huelgo, aunque disimulo
Con voluntad bien forzada.
Y si no quieres creer,
Pídote, Azarque, que hagas
Pruebas de mi firme amor
En cosa en que mucho vaya;
Y para más desengaño
Te he de labrar una manga
De blanco, morado y verde,
Que es el color que el Rey saca,
Con una letra que diga,
Escrita en lengua cristiana:
«Aunque está cautivo el cuerpo,
«Está firme la esperanza.»
Con esto se entró la mora
Desde el balcon á la sala,
Porque entendió que venia
El Rey adonde ella estaba
Mirando cómo su Azarque
Por la vega paseaba,
Condoliendo con su pena
A las aves, tierra y plantas.

6.º

Azarque vive en Ocaña,
Desterrado de Toledo

Por la bella Celindaja,
Una mora de Marruecos.
Pensando estaba la causa
De su llorado destierro,
Y contra su Rey celoso
Dijo rabiando de celos:
—Por alzarte con mi mora
Dijiste, Rey, en tu pueblo,
Que á los moros de la Sagra
Los pedí corona y cetro;
Que de un abuelo traidor
No puede salir buen nieto,
Y que soy en traje noble
Un genízaro pechero.
Si te place, Rey tirano,
Hagamos los dos un trueco,
Toma mi villa de Ocaña,
Y dame en Toledo un cerro,
En cuya cumbre á tu mando
Estaré con guardas preso,
Mirando cómo tus moros
Tienen á mi dama en cerco;
Que fingiendo que me aguarda,
Y que librarla no puedo,
Por lo ménos moriré,
Y vivirás por lo ménos.
¡Mal haya el amor cruel
Que flechando el arco cierto
Traspasa de un solo tiro
Vasallos y reales pechos!
Mora de los ojos mios,
Segunda vez te prometo
De rescatar con mi alma
La belleza de tu cuerpo;
Que amor que me ha dado un Rey

Por contrario en mis deseos,
Me dará fuerzas á mi
Para echarle de sus reinos.—

7.º

Azarque, indignado y fiero,
Su fuerte brazo arremanga,
Su rojo bonete arroja,
Y empuña su cimitarra.
Volantes, medallas, plumas,
Albornoz, marlota y mallas,
Banderilla, lanza, empresa,
Cañas, bohordos y adarga,
Maldice, parte, destroza,
Desmenuza, quiebra y rasga,
Hasta que el suelo cubrieron
Pedazos de seda y franjas,
Y por el aire esparcidas
Iban volando las astas
De los delgados bohordos,
De la lanza y de las cañas.
Tuvo traza de unas fiestas;
Y como de amor las trazas
Se desbaratan por celos,
Celosos las desbarata.
De Celindaja se queja,
De su fortuna se agravia,
Por Abenámar pregunta,
Y á su Rey tirano llama;
De Albayaldos el de Olías
Malamente blasfemaba,
Y pidiendo tinta y pluma
Así le escribe una carta:

«Si como damasco vistes,
Vistes jacerina y malla;
Si al campo vas tan furioso,
Como galan á las zambras;
Si como al blando Cupido,
Al terrible Marte tratas;
Si escaramuzas de véras,
Como de burlas te ensayas,
Mañana á las diez del dia
Quiero verlo en la campaña.
¡Y agradécelo, Albayaldos,
Que vives hasta mañana!
Salga Zulema contigo,
Que pues los dos á mi dama
La engañastes por el Rey,
De los dos quiero venganza:
Y áun de él tomalla pretendo,
Porque el ardor de mi saña
Irá envuelto en mis suspiros
A poner fuego en su alcázar.
Mil promesas la hicisteis,
Y despues mil amenazas;
Dulces ofertas tras esto,
Y despues fuerza tirana.
Mil halagos y dulzuras,
Engaños y quejas falsas;
Y engaños y quejas viles
Vengaré sin más palabras.
¿Caballeros sois vosotros?
No sois, sino vil canalla,
Pues por afrentosos medios
Procurais vuestra privanza.
¿Qué agravio mi alma os hizo,
Que agraviais así mi alma?
¿La mora que estaba en ella

Tanto os costaba dejarla?
Si fuerza de amores vuestros
A perseguirla os forzára,
Yo, que sé que es fuerza amor,
Yo, sé que os la perdonára;
Pero por ser tercería
De fementidas entrañas
Me pagarán vuestras vidas
La muerte de mi esperanza.
¡Ay mora fácil, ay mora!
¡Y cómo en doradas cuadras
Y bien trazados jardines
Mil traidores te regalan!
¡Ay qué presto te vencieron!
¡Qué presto los gustos pasan!
¡Qué poco vale la fe,
Si quien la dió no la guarda!
¡Cuánto mejor le estuviera
A mi dicha y á tu fama
Ser nuevo ejemplo de amor
A la morisma de España!
¡Qué bien pareciera en tí
Despreciar promesas falsas!
¡Y qué bien manchar tu lecho
Con muerte y no con infamia,
Si te quitáran la vida,
Y el honor no te quitáran;
Mas ¿qué dije? Vive, amiga,
Sin honor y con mudanza,
Verás que guarda mi pecho,
Con mil agravios de guarda,
Las cenizas de tu olvido,
Y de mi querer las brasas.
Verás trocadas las suertes,
Yo quejoso y tú olvidada;

Tú finalmente mujer,
Hombre yo, que el nombre basta.»
Con esto firmó su reto,
En que su combate aplaza:
A Zulema se lo envia,
Y él se apercibe á batalla.

8.º

Albayaldos el de Olías
Leyó la carta de Azarque,
Y áun apénas la hubo leido
Cuando á buscalle se parte.
Por cada letra que tiene
Jura matar un Azarque.
Tal que si Azarques llovieran
No hay hartos para que él mate.
Con la cólera que lleva
Repite parte por parte
Las palabras de la carta,
Con que añade su coraje.
—No visto damascos yo,
Ni asisto en zambras, ni bailes,
Que es de femeniles pechos,
Y el ocio repugna á Marte.
Mi vida no te agradezco,
Pues poco me importa y vale;
Mas pues al mundo le importa,
Todo el mundo te lo pague,
Si es que se puede pagar
Vida que quita millares
De vidas á los cristianos,
Porque vivas tú en solaces.
No tiro bohordos yo,

Sino lanzas penetrantes,
Con que he horadado más pechos
Que piedras tienen las calles.
No voy á juegos de cañas,
Cual tú celoso rumiaste,
Ni por celos disminuyo
El bonete y los plumajes,
Albornoz, marlota, galas,
Medallas, manga y volante:
Muy furioso hiendo y quiebro
En las enemigas haces
Petos, y yelmos, y grevas,
Lanzas, y picas, y alfanjes:
Ni trato al tierno Cupido,
Que el amor es intratable,
Pues en pechos valerosos
Siempre predomina Marte:
Ni yo amenacé á tu dama,
Ni jamas la envié mensaje;
Que es vileza amenazar
A quien no puede vengarse.
Ni yo la solicité
Por con el Rey congraciarme,
Pues me congracio con él
Sirviéndole con mi alfanje:
Ni yo le conquisto damas,
Sino reinos y ciudades;
Pues yo nunca me he preciado
De razones elegantes,
Porque nunca son curiosos
Los varones militares.
A las diez del dia dices
Que contra mí al campo sales;
¡Pésame, porque me alargas
Tanto el plazo de matarte!

Pero no verás el dia
De las partes orientales,
Porque aquesta noche pienso
De tus palabras vengarme.
Estas jactancias que dices,
Para mí muy poco valen,
Porque siempre son soberbios
Los que cual tú son cobardes.
Desafías á Zulema,
Sabiendo bien, como sabes,
Que una vez que te agravió
No pudiste de él vengarte.
Dices, moro, que el alcázar
Con tus suspiros abrases;
Mas, palabras y suspiros
Cosas son que lleva el aire.—
Esto entre sí iba diciendo
Albayaldos contra Azarque,
Picando el caballo aprisa
Con deseo de encontrarle.

9.°

El valiente moro Azarque,
Preso en la fuerza de Ocaña,
No por traidor á su Rey,
Mas por leal á su dama,
A Toledo le traian;
Que los jueces de su causa,
Que son unos recios celos,
Dicen que muera quien mata.
Ya por el aire relumbran
Las cien banderillas blancas
De los jinetes que el moro

Tenia y trae para guarda.
Otros ciento le reciben,
Que vienen haciendo plaza,
Y guiando para donde
Manda el Rey que preso vaya.
Entrando por la ciudad,
Los graves ojos levanta
A las temidas paredes
De su respetada casa:
Grandes gritos suenan dentro,
Que en ellas presos estaban
Sus amigos y sus deudos
De Toledo y de la Sagra.
Azarque dió una gran voz,
Diciendo: —Abrid las ventanas
Los que me llorais, y oidme.—
Abrieron, y así les habla:
—La vida de mis mayores,
Que representa mi estatua,
Mis proezas, por quien ciño
Corona de roble y palma,
Acaballas pudo amor,
Que lo más eterno acaba,
Que el tiempo ni la fortuna
Jamas osaron mirallas.
Importaba á su nobleza
Que de mi sangre las manchas
Estos umbrales tiñeran,
No del tablado las gradas.
Llorad esto solamente,
Porque á cargo de la fama
Está el darme eterna vida
Con su trompa y con sus alas.
¡Paredes, deudos y amigos,
Cupo en vos dureza tanta!

¿No hay una herbolada flecha
Para estorbar esta infamia?
¿A las manos de un verdugo
Quereis que mi vida vaya?
¿A las vuestras no muriera
Sin pregones más honrada?
¿Cómo es que no me entendeis?...—
En esto los de la guarda
Hicieron andar la yegua
Y al pregonero avisaban
Gritase: «Esta es la justicia
Que nuestro rey hacer manda
Al moro Azarque, traidor
Contra su corona sacra.»
—¿Corona llamais al gusto,
Dijo Azarque, de que ataja
Con mi muerte cierto fuego
Que quiso abrasalle el alma?
Por hacer lisonja al Rey,
¡Tanto puede una mudanza!
Celindaja en su balcon
Exenta y risueña estaba.
¡Oh firmezas mujeriles,
Qué pocas fuerzas que bastan
A mellar vuestros aceros
Y á batir vuestras murallas!
Vióla Azarque, y al sargento
Dijo: —Solas dos palabras
Tengo yo que hablar aquí;
No me niegues esta gracia.
— Dos, y mil podrás, le dice,
Que pues no huye la cara,
A tu muerte y á tu afrenta
Holgaráse de escuchallas.
—En mi prision, dijo el moro

Mi corazon me mostraba
En tu presencia el olvido,
Que es fe de mujeres várias.
Dobló tu firmeza al fin
Una corona pesada,
Con la cual en tus flaquezas
Reinas siendo vil vasalla.
El sol azul que saqué
En mi cielo de esperanza,
Tu pecho eclipsarle pudo,
Que es tierra que el Rey levanta.
Del chapitel de tus glorias,
Cumbre peligrosa y vana,
Hasta el centro de tus penas
Soberbiamente me lanzas:
Azarque soy, no es posible,
Pues tanto el tiempo me agravia,
Que á los flacos haga duelo,
Y á los valientes venganza.—
En esto, de entre la gente,
Sin que lo vieran, disparan
A Celindaja una flecha,
Justa pero mal tirada:
Clavada está en el balcon
Hasta la mitad de su asta,
En la cual iba esta letra:
«Otra para el Rey se guarda.»
Viva Azarque, grita el vulgo,
Muera el Rey y Celindaja;
Y fué tan grande el ruido,
Que dió el eco en el alcázar.
Celindaja dijo al Rey:
— Del pueblo indignado aplaca
La insolencia, no permitas
Que á tí se vuelvan sus armas.—

Porfía el Rey en que muera;
La popular furia mata
A los guardas, libra el preso,
Y á quien le ofende amenaza;
Celindaja y el Rey huyen,
Azarque á Olías se pasa,
Y amor de todos se rie,
Que sus paces son batallas.

ALBENZAIDE.

Con amarillas divisas,
Azar de fortuna avara,
Y desesperada empresa
De ausencia desesperada;
Descubiertas sus pasiones,
Y al brazo izquierdo la adarga,
Y en ella de Amor y Marte
Una reñida batalla,
Que sobre partir un moro
Dudosamente se traba;
Pero llevan por despojos,
Marte el cuerpo, Amor el alma,
Y por divisa esta letra:
«Sepa aquesto Galiana.»
Por la deleitosa vega,
Del rey de Toledo Audalla,
Por cuyos llanos extiende
Tajo sus ondas doradas,
Albenzaide, capitan,
Vencedor famoso en armas,
Y solo de sí vencido
Porque el alma es tributaria,

Junto á los palacios ricos
De aquella mora gallarda,
Que ha Galiana por nombre,
Y es de amor belleza y gala,
Haciendo penoso alarde
De los tormentos que pasa,
En una alazana yegua
Pasea la vega llana.
A tomar va la licencia
Y bendicion de su dama,
Que el Rey le envia al socorro
De su deudo el de Granada,
Que le tiene en gran aprieto
El de la mano horadada.
Mándale luégo partir;
Mas dice Amor que no parta;
Que suele hacer en amores
La ausencia burlas pesadas,
Y por madrastra la siente
Quien mejor de ausencia escapa;
Pero todo lo atropella
Temor de cobarde fama,
Y la honra le hace fuerza,
Que ya es honra la desgracia.
Ve á su Galiana puesta
Albenzaide á la ventana,
Cogiendo el delgado viento
Que ondea en las frescas aguas.
Salúdanse con los ojos,
Y encuéntranse con las almas:
Hácela el moro mesura,
Y Galiana se la paga.
El mirar sirve de lengua,
Que la lengua está vedada,
Y aunque el moro hablar quisiera,

La plática amor baraja;
Que en sus pasiones no hay vado
Y anéganse las palabras,
Y así mueren en su pecho
Mil razones mal logradas;
Mas ya de esta despedida
Hizo el oficio una carta,
Y un lastimoso papel
Que dió el moro á su criada,
Que está puesta en el balcon
Que al lado tiene la casa.
Llégase Albenzaide á ella,
Y el adarga en alto alza:
Muéstrale la empresa y mote,
Y con lágrimas la encarga
Que pues la partida sabe,
Sepa aquesto Galiana.
La mora se lo promete,
Y tambien ser su abogada,
Y agradecido de aquesto
Aquel capitan de ánsias
Hácia Toledo se vuelve,
Vuelve á su bien las espaldas,
Y vueltas, la vega mira
Do sus pensamientos pasa.
Maldiciendo va de honra
La obligacion y las cargas:
De tener cargas se queja,
De ser capitan se agravia,
Pues por el sueldo de un Rey
Pierde el de su esperanza.

SARRACINO Y GALIANA.

1.°

Galiana está en Toledo
Labrando una rica manga
Para el fuerte Sarracino,
Que por ella juega cañas.
Matizaba por divisa,
Con seda amarilla y parda,
Empresa que lleva el moro
En el campo de la adarga,
Una flecha de Cupido,
Que en su pedernal tocaba,
Sacando muchas centellas,
Y por letra: «Pocas bastan.»
Estaba á su lado izquierdo
Una cautiva cristiana,
Llorando memorias vivas
Entre muertas esperanzas:
Galiana la pregunta
Del llanto la triste causa,
Y los ojos en la flecha
La responde: — Pocas bastan.—
Libertad tuve algun dia;
Mas fué libertad de dama,
Pedernal algunas veces,
Y otras veces cera blanda.
En este tiempo que digo,
Me quiso más que á su alma,
Un cristiano caballero
De los de la cruz de grana:
Hiceme sorda á sus quejas;
Mas fué su porfía tanta,